

Loira, á centenares, los cadáveres de los niños que morían de miseria ó del tifus en las cárceles. Más piadoso que los hombres, no se prestaba el río á guardar secretos estos horrores; como en son de protesta, arrojaba á la orilla los cadáveres de los fusilados en Saumur y en Angers y de los ahogados en Nantes; á pesar de lo cual, no se libró del contagio, pudiéramos decir, esto es, de que sus aguas fuesen infestadas por la putrefacción de los cuerpos, al extremo de tener las autoridades que fijar un bando prohibiendo que se bebiesen. De las cárceles el tifus salió á las calles, y diez mil dociientos padres de familia murieron de la peste en el cuerpo de guardia, y casi quedó en cuadro la Comisión militar, instalada en el depósito. Esta situación, con ser tan grave, empeoró todavía cuando las decisivas derrotas de los vendeanos en Mans y en Savenai. Entonces, muchedumbre de prisioneros de toda edad y sexo se amontonaron en las cárceles, y grupos de rebeldes, desharrapados, enfermos, muertos de hambre, se presentaban diciendo: «Venimos á entregarnos». Mas el pueblo no creía en semejante arrepentimiento; solamente veía en aquella actitud la hipocresía de la desesperación; la presencia de los rebeldes hacía revivir en su memoria la imagen de los republicanos clavados en las puertas, desollados vivos, quemados á fuego lento ó amontonados en los pozos. No obstante lo cual, el más feroz de los individuos del comité, Goullin, propuso que se los perdonase, como medio de atraerlos á todos á que se presentaran. Pero el demente Carrier se opuso. A un general que le argüía: «Nosotros sabemos batir al enemigo, no asesinarle», contestaba: «¿Quiere usted que me haga guillotinar á mí mismo? No está en mis manos perdonar á esta gente». Y firmó dos listas la una de veinticuatro y la otra de veintisiete prisioneros, con la orden de fusilarlos sin juicio. Entre las víctimas había dos niños y siete mujeres, á los que se guillotiné.

El exterminio iba siempre en aumento. En pos del ejército victorioso marchaba una Comisión militar, que juzgaba á los rebeldes presos. Para formarse idea de la crueldad de esta Comisión, basta con dos datos: en Savenai condenó á muerte en tres días á seiscientos sesenta insurrectos, y en Nantes, á cerca de dos mil, ciento de éstos, mujeres. Hubo, además, inmensos fusilamientos cerca de las rocas de Gigant, para los que se echó mano de los desertores alemanes, por temor de que los soldados se negasen á prestar este servicio. Y ¡quién lo diría! Aquella terrible Comisión militar que ordenaba tan grandes carnicerías, retrocedió sin embargo, ante las atrocidades de Carrier. Su acusador público, Vaugeois, hizo cuanto pudo, aunque en vano, para que se diese soltura á los niños amontonados en las prisiones. Pero si en esto fracasó, consiguió poner fin al suplicio del ahogamiento. Sabedor de que los agentes de Carrier maquinaban llevarse del mismo local en que celebraba sus sesiones la Comisión militar, á los prisioneros, entre los que había mujeres en cinta y niños, para hundirlos en el río, Vaugeois prohibió terminantemente á la guardia entregar á los presos, y aunque Carrier sostuvo furioso altercado con

el presidente de la Comisión, los presos no salieron y la terrible ejecución fluvial no se efectuó ni volvió á repetirse. ¿Cómo la Convención consentía estas carnicerías?, ocurre preguntar aquí. No era suya toda la culpa. La Asamblea nacional habíase limitado á condenar á muerte á los jefes de los rebeldes y á los emigrados, encargando de la ejecución de este decreto al Comité de Salvación Pública, y sucedió que el Comité fué arrollado en este particular por los más duros é implacables de sus individuos, que toleraban y aplaudían todos los excesos.

No limitó Carrier el campo de sus fechorías al recinto de Nantes; ni se contentó con ejecutar á los prisioneros del ejército vencido, en lugar de enviarlos á sus casas, donde se habrían estado quietos, sin pensar en volver á empuñar las armas, si se les hubiese tratado con clemencia. Fué más allá: ordenó á las tropas que se enviaron á la Vendée, quemarlo y exterminarlo todo. ¡Qué ceguera! De haberse seguido la política humana de Merlin de Thionville, de Philippeaux y de los generales maguntinos, es muy probable que el Bocage se hubiese sometido por completo, lo que habían hecho ya algunas de sus poblaciones, y entonces, en días se habrían disuelto las partidas insurrectas del Marais. Mas ahora, los labriegos, desesperados por las inauditas crueldades de Carrier, fuéronse á engrosar las facciones de Charette y las que reorganizaban la Rochejaquelein y Stofflet, volviéndose á la insurrección todos los que habían quedado en el país cuando el paso del Loira. Tal fué el fruto de las fechorías de Carrier: reanimar la guerra de la Vendée, casi extinguida. Nada de esto se ignoraba en París. Un joven, casi un niño, Julien, en quien se adivinaba ya un segundo Saint-Just y que poseía la omnívota confianza de Robespierre, denunció á éste las atrocidades de Carrier; pero Robespierre, que no había hecho nada contra los destructores de Lyon, vacilaba también en tomar medidas contra el tirano de Nantes. El impertérrito Julien renueva sus denuncias. Encargado por el Comité de Salvación Pública de girar una visita de inspección en el Oeste, desafió cara á cara al tremebundo tirano, á cuyo recuerdo todo el mundo se echaba á temblar, y escribió á Robespierre que, si se quería salvar á Nantes y sofocar la guerra de la Vendée renaciente, era preciso llamar á Carrier, que «mataba la libertad». Contra Carrier prorrumpió también en quejas el partido montañés de Nantes, excepto los más comprometidos del Comité revolucionario. En vista de lo cual, Robespierre y el Comité se decidieron, por fin, el diez de Febrero del noventa y cuatro, á llamar al monstruo; pero con grandes miramientos, y sin pedirle cuenta de su conducta. Volveremos á encontrarle en París.

Poco menos que Nantes bajo Carrier, padeció Angers bajo Francastel. También á esta ciudad fueron llevados muchos insurrectos presos; su Comisión militar pronunció mil ciento cincuenta y ocho sentencias de muerte, incluyendo en este número las que dictó en sus excursiones por la Vendée, y sus prisioneros sufrieron la misma miseria y los mismos horrores que los de Nantes. De las demás poblaciones del Oeste, aunque en ninguna se

vió cosa parecida á las grandes matanzas que espantaron á Nantes y Angers, varias de ellas, entre otras Brest, tuvieron tribunales muy crueles, que enviaron al cadalso á muchos inocentes entre algunos culpables, tales como los marinos vueltos de Tolón y condenados en Rochefort como cómplices de los ingleses. Pero si nos corremos hacia el Sur-Oeste, hallaremos una ciudad en la que también el terror clavó profundamente sus garras: Burdeos.

No hay manera de justificar el Terror en Burdeos, que no se había entregado al extranjero, como Tolón; ni había extremado, como Lyon, la resistencia hasta sostener un sitio en toda regla; ni contenía rebeldes traídos de fuera que castigar, como Nantes y Angers. Lejos de esto, Burdeos se había sometido muy pronto, el diez y seis de Octubre, faltándole tiempo para volver la espalda á los girondinos, y había recibido á los representantes en triunfo, con ramos de laurel en la mano y á los gritos de ¡Viva la República! ¡Viva la Montaña! Solamente el inextinguible odio de los montañeses á los girondinos, de los que había sido Burdeos como centro y capital, puede explicar el que el Terror sembrase también el espanto en aquella opulenta ciudad. Bien es verdad que no con el furor que en las otras. No habiendo criminales, las ejecuciones hubieron de ser poco numerosas, apenas pasaron de ochocientas; pero fueron muy inicuas, recayendo las más de las veces en ciudadanos inocentes, y, además, á las condenas se juntaron las exacciones. Provino esto último de la índole de los representantes, que lo fueron Isabeau, ex-sacerdote, indolente y buen gastrónomo, y Talien, uno de los antiguos agitadores de la Municipalidad de París, egoísta y voluptuoso, entrambos por igual desenfrenados y viciosos, que ostentaban un fausto insolente y apandaban para su mesa los mejores vinos y los más exquisitos productos de las islas, mientras cada ciudadano sólo recibía diariamente cuatro onzas de pan malo por toda ración, y muchos días ni siquiera esto, siendo con frecuencia reemplazado el pan por castañas ó arroz. Hallaron los representantes un buen tercio para todas sus tristes empresas en el presidente de la Comisión revolucionaria, Lacombe. Por todo esto, si el Terror fué en Burdeos menos sanguinario que en las demás ciudades, fué en cambio más ruin y despreciable. De su carácter puede juzgarse por las propias palabras de Talien. «El desarme se ejecuta hoy; dará soberbias armas á nuestros queridos descamisados. Hay fusiles con guarniciones de oro, el cual irá á la moneda; los fusiles, á los voluntarios; los federales, á la guillotina.—Nos aplicamos á hacer rodar las cabezas de los agitadores, y á sangrar fuertemente la bolsa de los ricos egoístas... He tomado el partido de no soltar á ningún pretendido noble, aunque aduzca las pruebas de patriotismo mencionadas en la ley de diez y siete de Septiembre, porque se puede incurrir en error sobre dichas pruebas. La guillotina ha segado anteayer la cabeza de un sacerdote juramentado; ayer, la de una monja».

Este carácter cambió cuando á Talien reemplazó Julien, con quien no fué ya el vino,

sino el fanatismo el que reinó. Este joven, que se había dado á conocer como juicioso y sensato en Nantes, se condujo con crueldad implacable en Burdeos, persiguiendo y sacrificando á ilustres víctimas. Por su influencia el Terror revivió en Burdeos mientras se extinguía en Nantes y en Angers. También estalló por este tiempo en el Norte. Pero hacemos aquí punto final. Con lo dicho basta y sobra para que el lector pueda formar juicio de lo que fué el Terror revolucionario en provincias. Para concluir, expongamos algunas notas de conjunto.

En toda Francia, incluso París, el número total de ciudadanos ejecutados fué de unos diez y siete mil, con la circunstancia agravante de haber sido juzgados la mayor parte, no por tribunales regulares, sino por comisiones, sin jurados y sin defensores. Con este motivo, el historiador de *La Justicia Revolucionaria*, Berriat Saint-Prise, muy severo contra el Terror, consigna una observación que no debemos pasar en silencio, y es, «que la Revolución tuvo la desgracia de tomar armas al fanatismo y al despotismo: tomó á la antigua monarquía las comisiones arbitrarias; á la inquisición, otras prácticas no menos funestas; en vista de lo cual, puede decirse que lo que tuvo de malo la Revolución provino, no de los principios del ochenta y nueve, sino de los recuerdos y hábitos del antiguo régimen». Mas esto sólo es verdad en cuanto á los procedimientos, no respecto del fondo. Se le pasó á Berriat observar que si los revolucionarios tomaron sus armas al fanatismo y al despotismo, fué porque ellos llevaban en sus entrañas estos mismos vicios: el fanatismo, en el exclusivismo con que profesaban los principios del ochenta y nueve, condenando como falso todo lo que de cualquier modo los contrariase; el despotismo, en la dureza é intransigencia con que los aplicaban, prescindiendo de la tradición y de la historia, sin pararse en barras, al extremo de proclamar como medios ordinarios la destrucción y el exterminio. Estas fueron las verdaderas fuentes de la política terrorífica. Lo de los procedimientos ú órganos es lo que menos importa: si la monarquía y la inquisición no se los hubiesen proporcionado, ellos los habrían inventado. Para completar la estadística de las víctimas del Terror, á los diez y siete mil ejecutados hay que añadir un número muchísimo mayor, no inferior á cincuenta mil, de personas arrestadas, que sufrieron en las cárceles largas y terribles angustias.

Estudiando el Terror en provincias, se descubre la anarquía que reinaba bajo el feroz despotismo de la Convención. Veintiún mil quinientos comités revolucionarios ejercían en las ciudades un poder casi ilimitado: arrestaban á quienes les parecía, arbitrariamente, no sólo á personas inofensivas, mas también á los patriotas que tenían la desgracia de disgustarles, y perdonaban, en cambio, á los contra-revolucionarios que sabían captarse sus favores. Pocas veces, quizás nunca, se ha visto, con un gobierno central tan vigoroso de fuerza arrolladora y aplastante, semejante mezcla de despotismo y anarquía en las localidades. «¡Caro hicieron pagar á Francia los jacobinos del noventa y tres y del noventa

y cuatro, dice Herri Martín, el servicio que le prestaran, consistente en asegurar el reclutamiento y el abastecimiento del ejército; porque bien puede decirse que el recuerdo de su tiranía ha sido, durante ochenta años, el mayor obstáculo al establecimiento de la República. Injustamente, por cierto, efecto de una confusión, de confundir el Terror con la República, sin pararse á considerar que la República no existía más que de nombre desde el dos de Junio del noventa y tres, en que había sido reemplazada por una dictadura que suspendía todas las libertades republicanas y que, á su vez había de ser derribada por otra dictadura, la de Napoleón. ¡Qué analogía de circunstancias! También en España la anarquía del setenta y cuatro ha sido, y sigue siendo, el mayor obstáculo al establecimiento de la República, y con la misma injusticia que en Francia, por bautizarse con el nombre de República aquel caos en que de consuno hundieran á la nación el fanatismo blanco de los carlistas y el fanatismo rojo de los cantonalistas. Con la diferencia, empero, de que, acá, los principales mantenedores de esta confusión han sido los republicanos mismos, que han conmemorado anualmente en banquetes como República lo que nada tuvo de tal, sin fijarse en que con ello se enajenaban año por año las simpatías del pueblo, que reclama ante todo paz y orden, como primeras condiciones de la vida y del trabajo. Si en vez de entretenerse en aquellos insensatos banquetes, con los que ponían á cargo de la República excesos y desmanes bastantes para desacreditar un régimen secular y sólidamente establecido, se hubiesen aplicado á romper todo vínculo con un pasado que no les pertenecía y les perjudicaba, y á estudiar las fuentes de riqueza de nuestro suelo, las necesidades de nuestra población y los defectos de nuestras instituciones, para inquirir los medios de explotar las primeras, de satisfacer las segundas y de corregir y moralizar las últimas, de seguro que la República ha tiempo que se hallara instalada entre nosotros, y es probable que hubiese evitado nuestras recientes y tremendas desgracias, en las que no puede negarse que corresponde parte muy importante á la política personal y mezquina, de rencillas, egoismos y concupiscencias, puesta al uso á ciencia y paciencia de los jefes de partido, y á la falta de orientación y ¿por qué no decirlo? de aptitudes de los partidos gobernantes.

Legítimo fué, en verdad, el espanto inspirado por el Terror; pero no lo sería el creer que no ha habido en el pasado horrores iguales y de mucho mayor duración. Sin remontarnos á la guerra de los Albigenses, en el siglo décimotercero, que taló, asoló y quemó, dejando despobladas ciudades y comarcas enteras; ni á las reyertas de la catorce centuria entre armañagues y borgoñones, en las que tomaron parte todas las corporaciones del Estado, hasta los cabildos catedrales y los conventos; las guerras religiosas del siglo décimosexto dieron treinta años de Terror, en vez de dos, y uno sólo de sus actos, la Saint-Barthelemi, devoró, en días, más víctimas que inmolaron todas las persecuciones del Terror. Fuerza es confesar, sin embargo, que el Terror revolucionario, con haber du-

rado menos y haber causado menos estragos que las guerras religiosas, ha dejado en el alma del pueblo recuerdo más doloroso y profundo. ¿Por qué? Lo uno por lo que se había elevado, en el intervalo de uno á otro de aquellos sucesos, el grado de cultura, que hace los pueblos más sensibles á los abusos del poder y á las transgresiones del derecho. Lo segundo, porque en las guerras de religión se lucha por ambas partes, y las dos blandían las mismas armas, las de la fuerza, de la astucia y del dolo, y el mayor número de víctimas caía durante la pelea, en el arrebato del momento y en el hervor de la pasión; en tanto que el Terror batía sus negras alas después de la lucha, hería friamente, por cálculo ó por venganza, y ejercíanlo los depositarios del poder contra ciudadanos indefensos, y á las veces inocentes. Lo último, porque en las guerras del siglo décimosexto las dos partes trataban de imponer su creencia cada una á la otra, y ambas se hallaban poseídas del mismo fanatismo y se entregaban á los mismos actos de ferocidad vandálica; al paso que el Terror arrestaba y mataba á nombre del derecho y de la moral, de los nuevos principios de libertad, igualdad y fraternidad, que debían unir á todos los pueblos de la tierra por los vínculos del amor y de la caridad en una sola sociedad y un solo Estado. Por todas estas circunstancias, el Terror, sin embargo de haber causado menos víctimas y durado menos tiempo que las guerras religiosas de la décimasexta centuria, se ofrece á la conciencia como un hecho más repugnante, por lo monstruoso, y dejó en el pueblo una impresión de espanto más intensa y duradera.